

**Italo  
López  
Vallecillos**

# **EL SALVADOR, UNA SOCIEDAD SIN LITERATURA**

## **I**

Por algún tiempo abrigamos la idea de que era posible una nueva literatura en El Salvador, partiendo del compromiso del escritor con el medio, de la participación activa del creador en las luchas políticas, económicas y sociales. El cambio de actitud de las nuevas generaciones de intelectuales daría, con el tiempo, un nuevo tipo de expresión cultural y en consecuencia una letra impresa distinta en su fondo y en su forma a la que hasta hace unas décadas se producía en el país. Ahora creemos que esto sólo no basta, urge que el compromiso se convierta en acción modificadora de la realidad social global. Es más, que sin el cambio de estructura, la obra literaria deviene en reproductora del sistema con variantes de poca significación.

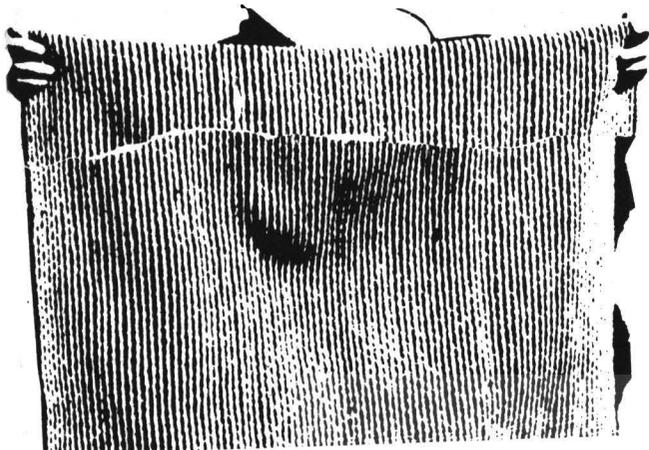
Este pensamiento crítico, extraído de la decepción pura ante lo que suele llamarse la "cultura" salvadoreña, nos indujo a plantear la posibilidad de un arte y una literatura nueva en el ámbito nacional. Gran error. Típico error de joven que arremete contra lo "establecido", contra lo consagrado oficialmente por la "tradición" (que en nuestra sociedad es pereza mental, incuria, acomodamiento) y el buen vivir de los intelectuales del sistema. Pasados algunos años de sarampión ideológico, de complicación con diversas organizaciones sindicales, políticas y de "promoción" de las tendencias filosóficas del momento, pudimos observar que el fenómeno de la

cultura en una sociedad atrasada, multimiserable como la salvadoreña, no es cuestión de disparos poéticos, de discursos estéticos, de golpes de pecho y actos de contricción en determinada línea literaria. El problema trasciende la tinta de imprenta, la buena conciencia pequeño burguesa de quienes queremos, deseamos y pretendemos una nueva literatura, sin detenernos a pensar que nuestra actitud de escritores y poetas se queda en eso, en una actitud y no en una acción real y efectivamente generadora de cultura, de nueva cultura.

La culpa no es de nosotros los intelectuales, espermatozoides atormentados, pequeños monstruos que divertimos o asustamos a la clase "leída y viajada", bichos, al fin, que logramos impacientar a los encargados de guardar el orden público, las libertades ciudadanas, las buenas costumbres y la moral del sistema. Y no porque nuestros poemas, ensayos, novelas, cuentos y demás intentos sean peligrosos para la clase oligárquica, hegemónica, sino porque el bisbiseo tiene algo de la mosca en el banquete, o del grito estentóreo en la vida pacífica que los señores de la tierra y el dinero desean perpetuar en el país.

## **II**

Conozco poetas "revolucionarios" que asisten con alegría a las fiestas de la gran burguesía, beben y comen, y al final recitan cantos inflamados de sensibilidad social, de denuncia de las condiciones de



miseria y explotación de los obreros y campesinos y, sin que esto sea un chiste, son felicitados, aplaudidos, como parte de un triste espectáculo. Así parece justificarse una acción de nueva cultura, de penetración y agrietamiento en clases sociales sórdidas, insensibles a la palabra, precisamente porque carecen de una verdadera cultura o porque la que dicen tener no es propia, sino prestada, copiada del París decadente del Barrio Latino o de los cafetines adyacentes a la villa Borghesse de Roma. En una palabra, porque tal auditorio no tiene cerebro, vida propia, sino una especie de computadora para manejar sus empresas, sus negocios, sus bancos, el "trust de papá" ahora bastante complicado con las multinacionales, la ITT, las cadenas de Sears Roebuck, la Ford, la Rockefeller, o la Standard Oil Company, etc.

### III

El intelectual salvadoreño, esa minoría sospechosa en aeropuertos y migraciones, vigilado de cerca por las policías, fichado en oficinas militares y en las embajadas extranjeras, **membretado al gusto** por los burócratas del orejismo gubernamental, se mueve en un medio hostil, inculto, bárbaro, con tantas posibilidades de influir en el cambio social como yo o usted de sacarnos la lotería sin adquirir billete. Pero no veamos el asunto así de fácil, aunque fácil sea distinguir el hongo del resto de la sociedad.

Este medio adverso al intelectual se da como un hecho, producto de una estructura económica injusta, que no cambiará con discursos, sermones o diálogos. La sociedad salvadoreña, tal como la observamos, carece de una cultura auténtica y, por tanto, de una literatura. Poco o nada pueden hacer los "cabezas de huevo", en tanto el 57.8 o/o de la población se desenvuelva en el analfabetismo, y en tanto el 42.2 o/o restante esté dividido en capas que si bien saben leer y escribir, no reciben lectura continuada ni tienen acceso a medios que las capaciten para su mejoramiento integral. Sin lectores no hay literatura, excepto que continuemos en el error de

creer que alguien por escribir un libro y editarlo en porcentaje minúsculo tiene la facultad de llamarse "escritor" e incluso pretender que su obra constituya parte de la literatura nacional. Este primer factor, llamémosle de público, es básico para sostener que es muy difícil producir cultura en una sociedad de analfabetos y, además, explotados.

Esta misma sociedad salvadoreña, dividida por la concentración de la tierra y demás medios de producción en clase explotadora y clases subalternas y oprimidas, no tiene el mínimo de condiciones para que surjan intelectuales enriquecidos espiritualmente por el mismo sistema económico y social. De ahí que ni siquiera pueda apelarse a la existencia de auténticos intelectuales del sistema, dado que éste es incapaz de generarlos en la calidad y cantidad requeridos. La sociedad pre-capitalista, colonial y dependiente, no tiene patrones culturales propios. Vive de reflejo, de modas importadas de la metrópoli, de ideas prestadas, de esquemas mentales precarios, sin que el intelectual (llamémosle así) directamente favorecido por la explotación de las masas urbanas y rurales, pueda pensar por sí mismo, reflexionar a riesgo, exponer sus ideas y creaciones en una acción continua que permita el flujo y el reflujo de un pensamiento penetrante en el medio. Tal cosa ocurre porque los llamados intelectuales del sistema (los clásicos profesionales liberales o los tecnócratas de nuevo cuño) viven hipotecados en un modo de vida que no les permite cultivarse, dado que las pocas herramientas mentales que manejan las adquirieron para un solo fin: ganarse la vida sin importarles la totalidad del ser social. Dicha práctica intelectual los ahorrumba, los corrompe, los fosiliza, de suerte que en pocos años, las "jóvenes promesas" de una promoción universitaria se convierten en verdaderos dinosaurios, incapaces de conmoverse ante nuevas teorías o emocionarse ante creaciones estéticas o literarias. Su nivel de participación colectivo es nulo, anti popular, por temor a perder la estabilidad alcanzada a base de un desclasamiento vergonzoso.

Se adhieren como la ostra a la pequeña concha

en que se formaron. El sistema así los condiciona, los determina. Un profesional pensante, por otra parte, es un peligro para la sociedad clasista. Es obvio que el actual sistema social salvadoreño no desea "intelectuales" en el sentido vigoroso y renovador del término sino "artesanos" de determinada especialidad, técnicos más o menos entendidos que ejerciten una profesión, un oficio, sin que tal actividad pueda poner jamás en peligro la estabilidad social, la paz de cementerio en que se explota al débil, todo para lograr el equilibrio que favorece a unos pocos sobre la mayoría de salvadoreños. De ahí que, caracterizada la realidad salvadoreña por el tipo de producción económica que padece, la cultura sea un remedo, una caricatura de ciencia, de tecnología, no digamos de literatura. En esto, como en todo, el capitalismo sólo se preocupa de acrecentar los dividendos del trabajo social, enajenar la voluntad del hombre e imposibilitar la producción, en concreto, del espíritu—liberador del hombre.

#### IV

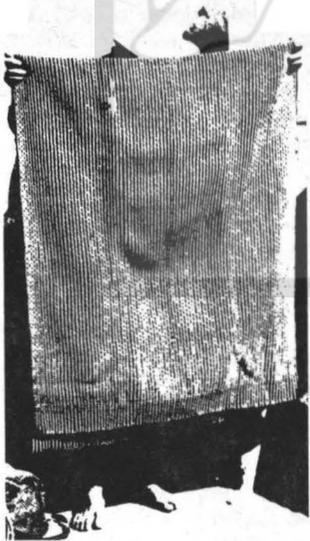
Siendo así las cosas, la pregunta que se nos ocurre es todavía más complicada ¿es posible en una sociedad subdesarrollada como la salvadoreña el surgimiento de verdaderos intelectuales, de auténtica cultura, de formas superiores de entender, comprender y transformar los modos cotidianos de existencia? Digamos, en principio, que sí. Pero no hay que engañarse. Tales intelectuales para serlo en función de la época y del medio, deberán no solo adoptar una filosofía transformadora del hombre, la sociedad y el mundo, sino convertirse en intérpretes de la clase oprimida. Esto es fácil escribirlo. En la práctica tal proposición es casi imposible cumplirla, pues la deformación del sistema conduce tarde o temprano a posiciones paternalistas, egoístas, convirtiéndose el intelectual al servicio del cambio social en una contradicción viviente, sospechoso por parte de obreros y campesinos y peligroso para los comisarios de la oligarquía y sus brazos armados. La expectativa sólo puede resolverse en la lucha cotidiana, en la medida en que el intelectual creador, pensante, se autodetermine en función de los intereses proletarios, revolucionarios, a veces contra sí mismo y otras a pesar de la propia clase a la que se haya adherido como simple combatiente. La sospecha de ser un social-traidor, un agente de la CIA, un elemento provocador infiltrado por los mandos militares del país, persistirá en tanto no cambie la sociedad salvadoreña. El problema es complejo y la muerte de un escritor como Roque Dalton, metido realmente hasta el fondo en la lucha revolucionaria, indica que tampoco es cosa de juego el proclamarse intelectual comprometido, menos al andar haciendo la alharaca, sin tener plena conciencia de lo que significa adoptar la postura transformadora. Tal vez la cosa más simple sería

afirmar que el intelectual que quiera serlo en el sentido crítico, vivencial, comprometido con las masas, debe abandonarlo todo (volverse activo contra el sistema, rompiendo en la práctica consigo mismo) y tomar el o los caminos que la historia contemporánea señala a la revolución salvadoreña. Esta forma sería la única, apropiada y respetable, de comenzar a construir una nueva cultura en un medio donde se carece de ella y donde la literatura no existe y donde los escritores no sólo se cuentan con los dedos de la mano, sino que en la mayoría de casos se trata de "escritores" que no escriben, de egoísmos de letra impresa, y, si somos generosos, de hombres de pluma que no hacen literatura viva, extraída de nuestra realidad latinoamericana, sino que hacen una especie de recreación sobre la literatura de otras latitudes, una "literatura" de refrito con una buena dosis de revolucionarismo importado, lo que vuelve la cuestión al problema de principio, es decir, de sub-intelectualismo, de copiadoreos y repetidores sin experiencia ni pensamiento propio.

Prueba elocuente de lo que afirmamos es la carencia de obras de investigación y de creación; no digamos excelentes, siquiera regulares. Simplemente no se producen. ¿Dónde están las novelas publicadas en los últimos años? ¿Dónde los libros de narrativa? ¿Dónde las obras de teatro? ¿Dónde los ensayos? En poesía, ya lo dijimos, se dan algunos textos, realmente decepcionantes. Se trata de poemitas publicados en espantosas páginas "literarias", donde se combinan recetas de cocina con reflexiones de Benjamín Franklin, notas cursis y artículos intrascendentes, amorfos, blancos y asépticos. No hay, evidentemente, literatura. Ni buena ni mala. Esta circunstancia es válida para cuestionar al sistema económico que padecemos y, desde luego, a la sociedad injusta que persiste en afirmar valores filosóficos ajenos al hombre salvadoreño, centroamericano y latinoamericano. Podrán darse muchas explicaciones por parte de algunos de los llamados "escritores" de esta tremenda ausencia suya en el panorama "cultural".



Nos dirán que la prensa no les publica, porque se trata de una prensa vendida literalmente a los intereses de la oligarquía y el imperialismo. Muy bien. Vale como excusa, pero la pregunta continúa. ¿Dónde están las obras escritas, publicadas o no, que reflejen la realidad salvadoreña? ¿Dónde las acciones individuales y colectivas contra la prensa anodina, contra las editoriales estatales y para-estatales entregadas a una labor reproductora de materiales viejos, caducos y hasta dañinos a la salud mental de los lectores de hoy? ¿Qué podrán decir los escritores socialistas, marxistas o simplemente "comprometidos" refugiados alguna vez en la caverna periodística local haciéndose la propaganda semanal, con prositas, articulitos, o poemitas sin una definida orientación, en un narcisismo que excluye a los "poetas" que no sean del mismo círculo, clán o maffia? Hay alguna excepción, claro, pero esta confirma la regla. Hablemos con seriedad: ¿es eso literatura?, más aún, es **literatura actual**, con mensaje, con proyección social e identificación transformadora? El hecho hay que apuntarlo en forma de reclamo para las generaciones del 50 al presente que, a pesar del bombo, no han "cuajado". Hecha la excepción de unos tres intelectuales, entre éstos Roque Dalton, los demás nos han entregado una pobrísima labor literaria y artística. Hora es de remover tales aguas estancadas, en especial llamar la atención de poetas y escritores de última hora aparentemente muy de **avanzada**, pero que no resisten el menor análisis de forma ni de contenidos. Vale esto para mí mismo, burocratizado, mediatizado, aburguesado, estéril e infecundo, y no sólo por las contradicciones apuntadas, sino por el terror de quedarme en el soliloquio de un Segismundo o de caer en el alcoholismo, el suicidio, las drogas, o la neurosis de saberme el **gran escritor**, siendo un espectador más de esta aldea ignorada del mundo.



V

Así las cosas, puede valorarse mejor, dentro de su clase social y su visión del mundo, lo hecho por David Escobar Galindo, que lo producido y publicado por la joven izquierda intelectual salvadoreña. Y esto lo decimos con el cargo y peso que tal cuestión demanda. Un poco más de trabajo, teoría y acción unidas, y los intelectuales comprometidos podrían decir "presente", tanto en la tarea cultural como en la política, ya que ambas están indisolublemente unidas; esto si queremos contribuir desde la superestructura a cambiar las cosas en el país. Más teoría y más acción, para obtener nueva teoría, y nueva acción en lo que reclamamos. En el fondo, también, la proposición de alcanzar un pensamiento latinoamericano, propio, liberador.

VI

El hombre, escribí hace algunos años, es la criatura indefensa por naturaleza. No hay ser tan solitario, tan tremendamente consciente de sus limitaciones como él. Y, no obstante, de su debilidad, de su temporalidad, surgen los prodigios de la ciencia y el arte.

La humanidad es camino. Paso, tránsito de una a otra edad. Nada ha surgido espontáneamente. Todo ha sido creado o recreado por la mano del hombre. Si bien el árbol necesita de la semilla, la flor requiere los cuidados del jardinero. La cosecha no es sino producto de la mano que siembra. Hasta hace poco la evolución natural determinó los grandes cambios, no sólo en el hombre como parte de la naturaleza, sino del universo en su conjunto. Se necesitaron millones de años para que de aquella roja masa se formaran los sistemas planetarios, los astros aún incandescentes y las incontables estrellas que parecieran vigilar nuestros pasos. Millones de años para que la tierra fuese habitable por pájaros, serpientes, peces y animales de toda especie, incluyendo el bípedo implume de que nos habla Platón. La formación de los continentes requirió muchísimo tiempo, pues el desplazamiento geológico era más obra del milagro que de la energía humana.

¿Cuándo y cómo el hombre robó los fuegos mitológicos? He aquí el misterio que teólogos y filósofos tratan de explicar. Es evidente que el hombre descubrió, entre otros muchos secretos, el mayor: la muerte no es sino un accidente, el obstáculo impredecible, la cicuta necesaria. Esta verdad le permitió perfeccionar sus propios dones. Con la inteligencia y la palabra rompió sus amarres con la naturaleza primitiva. La necesidad de vivir creó la energía, la duda, el razonamiento, la búsqueda sin tér-

mino, el hallazgo del poder transformador. Hizo un sistema de ideas y se elevó por encima de los otros seres hasta vencer las fuerzas y elementos que le rodeaban.

En los últimos quinientos años, el hombre conquistó definitivamente a la naturaleza, y su acción produjo cambios mayores a los de ninguna otra época en la historia del mundo. Este hecho trajo el desequilibrio en todos los órdenes. El proceso científico ha impuesto nuevas formas de vida, creando la deshumanización, la alienación, la masificación, la cosificación, la carencia de identidad humana. La persona es, en las sociedades desarrolladas, un número, una cifra, una ficha en el gran juego de intereses económicos y sociales. La máquina está por dominar, a su vez al hombre. Y, naturalmente, en los quinientos años de que hablamos, poco o nada ha cambiado el ser humano, pues sus pasiones y apetitos son los mismos. En pequeños frascos se guarda la sustancia capaz de modificar los suelos y los climas; en cápsulas insignificantes está el virus conquistado que combate a otros pequeñísimos organismos. En ese micromundo se generan resistencias bioquímicas insospechadas y, otra vez, se impone la multiplicidad de la forma vital. En segundos y gracias a la química, la física y la biología, pueden producirse grandes cataclismos. La cibernética domina otros campos y una computadora no sólo desplaza a muchísimos cerebros, sino que ayuda a controlar el imperio de las finanzas, las industrias y los centros comerciales. Todo está "programado": la producción, la distribución, los gustos, los hábitos, en una sociedad insensible, opresora, manipuladora de la conciencia y la dignidad humana.

Las fuerzas sociales libran, a escala mundial, una gran batalla en nombre de la justicia, la libertad y el progreso colectivos. Los políticos nos hablan del milagro alemán, de la revolución cultural china, de la construcción del socialismo, del despertar japonés, y olvidan o ignoran que los peligros de nuestro tiempo están todos reunidos en el exceso de tecnología, en el poderío científico utilizado para la dominación de los hombres y los pueblos débiles que, naturalmente, son la mayoría.

Estamos expuestos, cualquier día, a que un psicópata o un fanático desorbitado oprima el botón del sismo nuclear o haga general la guerra bacteriológica, ya ensayada en las últimas dos guerras. Mentalidades y pueblos imperiales pueden llevarnos a la destrucción masiva, o bien a convertir al hombre en conejillo de indias o rata de laboratorio.

Es un hecho que las revoluciones sociales y políticas del siglo XIX han sido superadas por los movimientos científicos que se realizan en los cen-



tros de poder mundial. Pareciera que ya no se trata de cambiar los sistemas de producción, ni de establecer nuevas relaciones entre el individuo y el Estado, ni de profundizar o mediatizar la lucha de clases como se entendía ortodoxamente en las primeras décadas de este siglo. Eso, por lo menos, en Europa. En América estamos aún en la media noche y una revolución no sólo es necesaria, sino indispensable. Y la primera regla de esa revolución sería no imitar, no copiar, no trasplantar por trasplantar lo foráneo. Tenemos que comenzar a tener un pensamiento propio. Una actitud creadora que nos haga comprender que el gran error del pasado fue adoptar, sin ninguna reflexión ni madurez, lo español, lo francés, lo norteamericano. Este vivir de reflejo, sin luz propia, no tiene justificación. A los colonizadores, especialmente en el orden de la cultura, hay que decirles "hasta aquí". Debe modificarse el presente partiendo de nuestra propia realidad. Ya eso sería bastante.

Esto lo escribimos con la certeza de que América Latina tiene un porvenir no dependiente. Y porque a pesar del atraso, la miseria moral y material, todavía podemos replantearnos el progreso científico en base a otros supuestos éticos y sociales que no sean el encadenamiento del hombre a la máquina. Ni la explotación del hombre por el hombre.

En otras latitudes, el proceso industrial y tecnológico, la conquista del átomo y del espacio, el dominio de la ciencia y su utilización en la política de supremacía mundial, indican que ha comenzado una nueva era, sin que el hombre común y corriente, intrínsecamente haya progresado, pues sigue siendo infeliz y solitario como siempre. La ciencia deshumanizada es el gran problema de nuestro tiempo.

Los países del tercer mundo, debemos tener eso presente. Nuestra vocación por las letras no puede afirmarse, en América Latina, sin esa legítima aspiración. Pensar por cuenta propia, transformar la realidad en razón de nuestro contexto histórico, con un sentido anti-colonial profundo.

## VII

El Salvador es un país sin cultura propia.

La situación económica determina una educación clasista, de élite, al servicio de un sistema opresor. La reproducción de ciencia, técnica y literatura no es sino una copia mediocre de lo europeo, y lo norteamericano.

La cultura de El Salvador, sus formas elementales y primarias, provienen de la herencia "hispanica" y del enciclopedismo francés de fines del siglo XVIII. Los poseedores de riqueza material (cafetaleros, cañeros, algodoneros y similares) carecen de educación y de cultura, excepto que calificuemos a ambas como la posibilidad de manejar autos, comer hot-dog, leer historietas cómicas, ver enlatados de TV. El nivel cultural de los servidores de la oligarquía (tecnócratas, profesionales prósperos, administradores de empresas, ejecutivos diversos) conocen apenas lo suyo, el instrumental de trabajo diario; en casos rarísimos y excepcionales, consultan la edición semanal del New York Times, los boletines económicos y los manuales sobre la bolsa y valores que adquieren en Wall Street. Muchos de estos tecnócratas compran libros por metros, a colores, para decorar sus residencias y oficinas, pero no distinguen entre Kant y Rilke, confundiendo a veces con marcas de encendedores o bujías para automóviles. No obstante, y ello es curioso, se dan aire y tono de "cultos" con sofisticados aparatos estereofónicos y colecciones de discos, todo para barnizar una personalidad bárbara, dado que la conciencia, la conciencia individual incluso, forma parte alienada de la misma sociedad de consumo que admiran.

En cuanto a los profesionales liberales, lo que uno se pregunta es cómo habrán obtenido el título académico, la patente que les permite litigar en juzgados sin tener noción exacta del derecho, operar a un enfermo sin advertir que tal acto implica algo más que abrir un abdomen dado que en sus manos tienen un ser humano y no una cosa, un animal. No estamos exagerando la observación. Lo obvio no merece mayores comentarios. Y no es culpa de los profesionales tal estado de cosas, sino del sistema educativo de la sociedad en que vivimos. Muchos de estos profesionales viven angustiados porque, en su interioridad, quisieran ser diferentes. No ser meros artesanos, sino científicos, pero la realidad no los

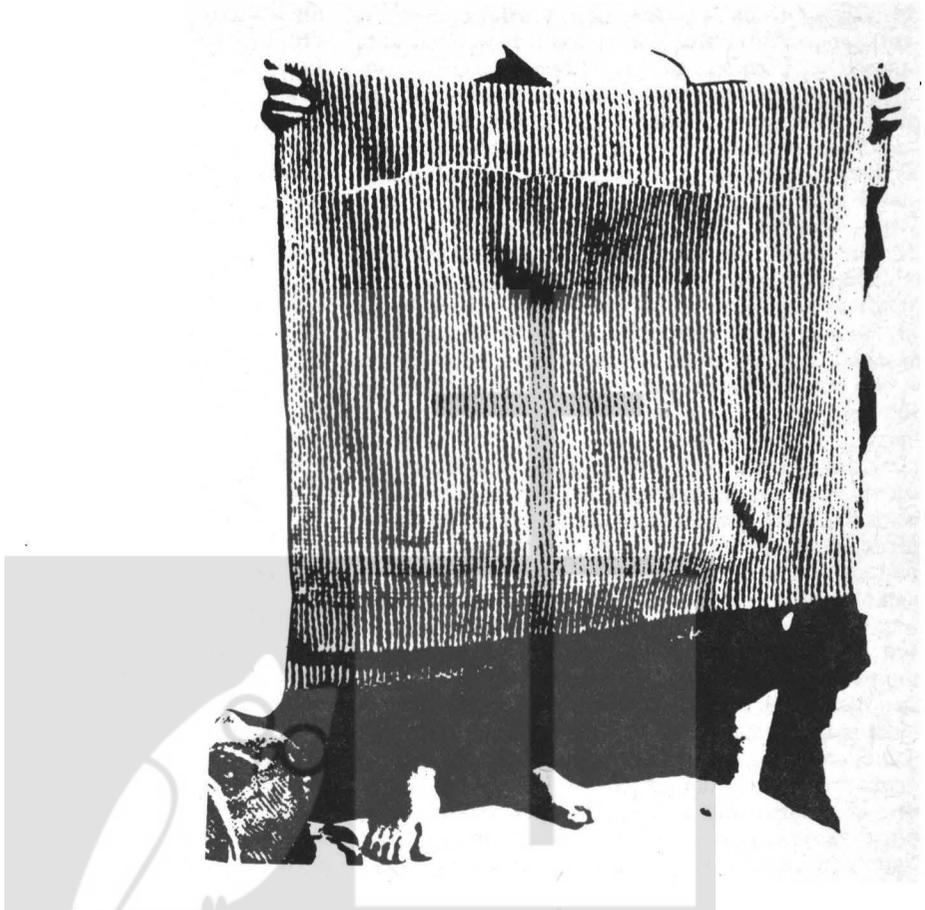
deja desarrollar sus potencialidades.

Y en cuanto a lo que aquí suele llamarse "intelectuales", es decir, profesores universitarios, escritores y poetas, estamos en la calle de enmedio. Se trata de actividades desprestigiadas, no tanto las docentes generalmente repetitivas y esquemáticas, cuanto las referidas a escritores, poetas y artistas. En esta última connotación se refugian toda clase de mediocridades, de arribistas y oportunistas, de gentes ignaras, para quienes escribir versos es una especie de catársis sui-géneris, o para quienes la publicidad resulta una "cocalización" (de coca-cola y Marx) de beneficios proporcionales. Difícilmente podríamos llamar "intelectuales" a esta sub-especie de escritores, de roedores de papel impreso, pues comprometidos o no con la causa revolucionaria y popular, su praxis es pendular, vacilante, sin asidero en una filosofía y una acción transformadora. En el más inofensivo de los casos se trata de sujetos atrabiliarios, hoy aquí y mañana en el otro campo, vueltos un guiñapo de existencialismo en tanto se les toca su "obra", su "talento", su "individualidad". Del centenar de **puetas** salvadoreños, unos ocho pueden salvarse en razón de sostener un camino y sostener, congruentemente, un ideal revolucionario. Los demás son briznas en una sociedad caníbal, sin cultura propia, y por ello mismo, sin literatura.

Es frecuente hablar de una cultura del trigo, del arroz, del maíz, (la nuestra en cierto modo); y —por qué no— de una cultura del café, o "sub-cultura de grano de oro", más inmediata en lo económico y social a lo que hemos sido y somos de 1850 a la fecha. Un modo de producción que ha generado formas de vida, de expresión y comunicación marginal, de empobrecimiento de la mayoría de salvadoreños, con un fondo claro de dependencia externa y una tragedia agraria, feudal, inhumana en todos los aspectos, incluso en la connotación más simple de lo occidental y cristiano. Y con un quiebre total entre las formas políticas republicanas, democráticas y burguesas, y la implantación de un régimen que niega las libertades y entroniza el despotismo de la oligarquía por medio de una burocracia, civil y militar, a todas luces insensible y arribista. La **subcultura del café** es eso: tugurios en la ciudad y ranchos miserables en el campo; alimentación deficitaria para los trabajadores; carencia de educación liberadora; insalubridad; falsas costumbres y moral filisteas. Esta, quizás, es la única "cultura" de que podemos hablar en el país.

## VIII

La producción de una nueva cultura sólo será posible en el marco de una sociedad justa. Y ya sabemos que tal sociedad no puede alcanzarse si no es



mediante un proceso revolucionario que, partiendo de la raíz, cambie los modos de producción, establezca nuevas relaciones sociales y genere un sistema de vida digna para la población salvadoreña. En ese nuevo estadio, es básico el rompimiento con lo colonial español y la subyugación al imperio norteamericano. La ruptura radical debe ser producto de masas concientizadas, humanizadas en el sentido actual y profundo del término, convirtiendo al salvadoreño mismo en sujeto de su destino histórico.

Factor de gran importancia para determinar las causas de nuestra ausencia de verdadera cultura, y, por ende, de literatura lo constituye la instrumentalización de los medios de comunicación de masas. ahora en poder de unas cuantas familias, para quienes la venta de noticias y artículos es cuestión de negocio y de un negocio supuestamente apolítico, aseptico, a-histórico, al servicio de la sociedad de consumo. De ahí la gran cantidad de historietas cómicas, de páginas "sociales", y secciones de divertimento, base de alienación de los lectores mayoritarios. Tales

empresas periodísticas, radiales y sobre todo de televisión, constituyen todo un ejemplo de nuestra colonización cultural, de nuestra enajenación dentro del sistema capitalista. Alberto Masferrer, saqueado y aprovechado por los gobiernos de Martínez a la fecha, y calumniado por izquierdistas desconocedores de su verdadera valía moral e intelectual, afirmaba en 1928 desde el Diario **Patria** estas verdades absolutas: "Lo que caracteriza al sistema capitalista, lo que constituye su esencia y su ley máxima, es que todo se puede comprar. Si un hombre trae dinero suficiente, puede comprar todas las casas de la ciudad, todos los viveros de la cosecha, todas las tierras de la Nación. Si da por ellas su dinero, son suyas, y dispondrá de ellas como le venga en gana. Son su propiedad, algo sagrado, intocable, que las leyes han colocado por encima de la necesidad, del dolor y de la vida.

"Posible es, y sucede muchas veces, que ese acaparamiento de las cosas trastorne y arruine los hogares, obligue a las gentes a emigrar, o rebaje su

habitual manera de vivir a una condición mísera y vil, que desembarque, recorriendo tortuosos y sombríos caminos en la prostitución y en el crimen, en la degeneración multiforme a donde lleva siempre la miseria. . . Es triste, pero en el conflicto entre la vida y la propiedad, las leyes han optado por éste, por su símbolo, que es el dinero. La ficción grosera, desmentida mil veces cada día, supone que el dinero es siempre el resultado del trabajo, de la propia y honesta labor y que, por consiguiente, es como una emanación del individuo mismo, la red de la araña surgida de sus propias entrañas. Sobre esta dicción, una de las más groseras a que haya rendido culto la invencible idolatría de los hombres, se ha edificado el Templo de la Propiedad donde el Dinero Dios Único y Todopoderoso, se complace en escuchar los ayes y las maldiciones de las víctimas del Acaparamiento.

“Así, la propiedad, la cosa adquirida a cambio es en el sistema capitalista actual, el derecho por excelencia, el fin último, la cosa en sí, la virtud suma, el ideal y el por qué del vivir, lo que justifica y explica todas las actividades y todos los sacrificios. Si en “El Mercader de Venecia”, de Shakespeare, el judío Shylock —que le ha comprado a su adversario una libra de carne, cortada inevitablemente de su propio muslo— se ve obligado por la astucia y la rectitud del Juez a rescindir el negado contrato, en nuestra vida diaria no sucede así: ni la carne ni la sangre se sobreponen a la codicia implacable, sancionada y consagrada por la ley; si el propietario exige, hay que abandonar tierra, casa, muebles, y con ellos, posición social, manera de ganarse el pan y caer en no se sabe qué abismos donde Shylock, que no pudo cercenar el muslo, destruye y pulveriza, a veces la vida de una familia entera. La vida ha fracasado, pero la propiedad salió victoriosa.

“Lo que puede hacer un hombre que tenga dinero suficiente, lo hará con igual derecho un grupo de hombres. Lo que tiene derecho a efectuar un Pierpont Morgan, con más razón y eficacia lo perpetrará Wall Street, la gran propietaria, es decir la Mayor Poseedora de dinero en el mundo, hallando estrecho el campo de sus operaciones en el nativo y ancho solar en que nació y creció, discurre comprar en otra parte, invertir dinero en otra parte. Esta cosa divina que es el dinero, en el cual reside todo poder y toda virtud, Wall Street lo transporta a Cuba, a Santo Domingo, y a Haití, a Panamá, a Nicaragua, y allí lo pone en circulación, y lo hace producir. Es verdad que las nuevas y vastas operaciones de la Gran Propietaria implican la conquista, la intervención armada, el asesinato y el incendio y que no sería posible efectuarlas con rendimiento seguro y crecido, sin el auxilio del Ejército, de la Marina, del Gobierno de Washington. Pero, ¿dentro de qué ló-

gica, las leyes y las autoridades que descargan todo su peso en favor del Propietario individual, limitado, médicamente adinerado, le habían de rehusar al Propietario colectivo, de poder ilimitado, desbordante en fuerza de dinero? Este, como aquél, emplea su dinero, su propiedad, su dios, y como aquél necesita y exige que toda la influencia del Orden Político lo apoye en la empresa de hacer producir su capital.

“Así, cuando protestamos contra el imperialismo yanqui, lo hacemos con motivo en cuanto el negocio de los banqueros newyorkinos se efectúa a costa de nuestra autonomía, de nuestra dignidad, de nuestra sangre y de nuestra hambre; pero no lo hacemos con lógica: esa operación en grande es tan justa y tan propia del sistema capitalista, como el embargo de la única manzana de tierra de donde obtenía su pasar la familia de un labriego desafortunado. Reconocido, acatado el Poder absoluto del dinero, supuesto símbolo del trabajo, la Propiedad deviene el Supremo Objetivo de la sociedad y de la ley, y la vida tiene que someterse y, en el evento, ser arrollada por las ruedas aplastantes del carro en que ese nuevo Jajarnaut, pasea su majestad hierática y sin entrañas.

“Ahora bien, nosotros alzamos y proclamamos, con la Doctrina del Minimun Vital, frente a esa deificación del dinero, la deificación de la Vida. Frente al dios Propiedad erigimos el altar de la Vida: no abstracta, no estadal, no filosófica, no moviéndose en no sé qué regiones nebulosas de la metafísica, sino animal, concreta, visible y tangible, determinada en ese niño que pasa, en aquella mujer que lleva una canasta, en ese anciano que se calienta al sol, en esta muchacha que sonrío a quienes contemplan sus gracias, en aquel obrero que sale de la fábrica, en aquel carretero que azuza sus buyes perezosos. Y a todos ellos, nuestra Doctrina vitalista, desde las nubes relampagueantes de un nuevo Sinaí, les grita con una voz que surge de las entrañas de la Justicia, del propio corazón del Cosmos: “yo soy el Señor Dios tuyo; yo soy tu verdadero y Supremo Dios, y a ningún otro le erigrás altares delante de mí. Yo te digo, en verdad, que el Poder Absoluto del dinero ha muerto; que desde ahora, si tú lo quieres, el dinero ya no será un dios, sino un servidor del hombre, y que ese monstruoso derecho de adquirir y de poseer, que compraba la carne y la sangre, ya no podrá comprarlo todo. Porque el hombre, por fin, tras de inundar el planeta con sus lágrimas y con su sangre, ha encontrado lo que anhelaba, algo verdadero y esencialmente sagrado, especial y profundamente divino: ha encontrado la vida, su vida!”

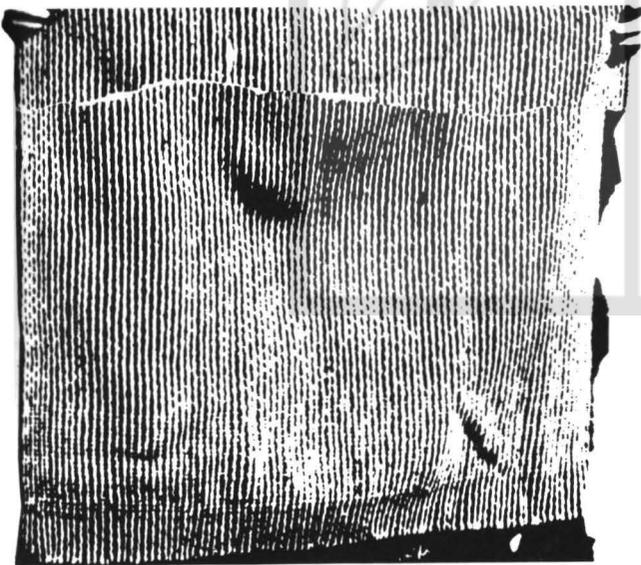
Una denuncia como ésta, en un tiempo peor que el de ahora, merece reproducirse, pues no sólo revela a un hombre políticamente comprometido,

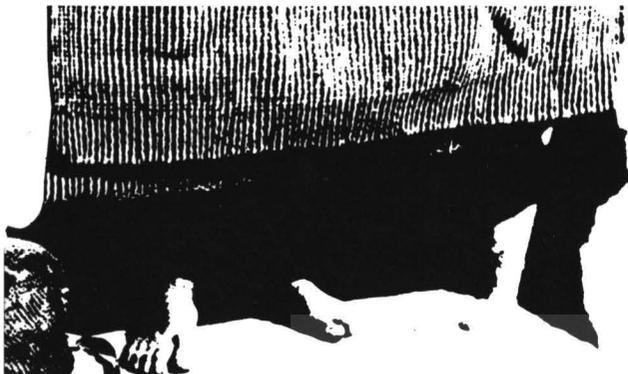
sino a un escritor con un pensamiento propio y una actitud valiente frente al sistema. Tal artículo engloba nuestra realidad, la capta y la define, y nos enseña que desde un periódico modestísimo el intelectual puede levantar su voz de condena contra el poder del dinero. Y naturalmente contra los medios de comunicación de masas, deformadores de la conciencia social, instrumentos legítimos de la dominación económica y de la penetración cultural, simuladores en fin de una literatura, mejor dicho de una sub-literatura, ajena por completo a nuestra razón de ser.

La diferencia entre valor y precio es algo que urge definir, replantear. El valor está por encima de todo, es la ética, es el postulado rector de la vida frente a la injusticia. El precio es para las cosas, las baratijas del sistema. De ahí la cita de Masferrer, ala contra el huracán, contra quien se levantan absurdas y dogmáticas acusaciones, siendo como es, uno de los pocos escritores con **autenticidad nacional**. El producto intelectual de Masferrer, su quehacer cotidiano, se internalizó como conciencia social en la estructura económica, ayudando a transformarla, aunque en mínima escala. Lástima que el ejemplo de Masferrer no fuese seguido, y hasta haya sido negado por sus propios discípulos. En cuanto a las "nuevas" generaciones del 44, del 50, y de la hora presente, se justifica, en cierto modo su crítica acerba contra el **mínimum vital** en razón de que los jóvenes quieren el **máximun vital para sí**, sin ponderar la viabilidad y, también, por aquello de que la juventud es siempre inmisericorde con los viejos, probablemente porque "la juventud no tiene un lugar, en la historia, donde reclinar la cabeza". La juventud no tiene experiencia, no tiene pasado.

En tanto se crean las condiciones de nuestra revolución salvadoreña, centroamericana y latinoamericana, los intelectuales con vocación de afirmarse históricamente, deben integrarse a la lucha, al combate cotidiano, sea para denunciar la injusticia, bien para derribar mitos y supersticiones, en un plano de integración real a las organizaciones populares.

Todo lo que oculte o disfrace la realidad, sirve al sistema opresor que vivimos. Y no hablo del "gobierno", más o menos pasajero, hablo de la situación económica, social y política concreta que vive y sufre la mayoría de trabajadores urbanos y rurales del país. Los escritores tenemos que ser totalmente francos, claros; no nos podemos permitir el oropel de la oscuridad, de lo ininteligible. Todo lo que desnude las condiciones de vida de las clases sociales, el drama en que se debate el hombre, los hombres salvadoreños, contribuirá a la liberación de los oprimidos. Se trata, no sólo del tema social advertido y rectificado como conciencia humana solidaria, sino también del lenguaje. Suele haber una máscara prestada en los escritores de El Salvador para aparentar ser lo que no somos. Y eso hay que acabarlo. Es la moda, el ismo, contra el cual nos manifestamos abiertamente. El lenguaje es parte de la identidad de los pueblos, su expresión vital, la huella de su paso en el tiempo. De ahí que no hay que escamotear ni mentir en nuestra obra, por buenas intenciones que se tengan, pues ayudamos con ello a esconder la verdad, la realidad de que hablamos. Suele escribirse en difícil para un lector sencillo, lo cual es "hacer" literatura para un lector ima-





ginario, no de aquí, sino de otra parte. Y a ese lector que idealizamos no llegaremos nunca, pues no existe como realidad para nosotros. Lo que importa es que cambiemos de conducta, de actitudes, de visiones conceptuales prestadas. La nueva cultura, y en consecuencia la nueva literatura, tiene que surgir de las clases sociales desplazadas, marginadas, con un lenguaje áspero y a la vez hermoso, un lenguaje que no le tema a la mala palabra, pues la mala palabra, esa que eluden los "cultos" de la diplomacia y los te-party, es tan valdeera como cualquier otra y, sin duda, más auténtica, que la que oculta el fondo de las cosas. Si un trabajador rural, después de una paga de hambre, se queja con otro y le agrega: "Así son, señor, estos hijos de puta", pues qué vamos a quitarle o añadirle a su expresión. Nada. Por el contrario, tenemos que hacer nuestro su lenguaje, si queremos "incorporarnos" al proceso social actual. Hay un lenguaje que se transmite de boca en boca en los mercados, en las villas miserias, en las cárceles, en las calles y plazas, es el lenguaje testimonial de nuestra época, con mucha más energía y creatividad que el utilizado por los profesores de literatura o de gramática. Es el lenguaje de los obreros, de las gentes del pueblo, ahitas de dolor y angustia en los multifamiliares. Puede ser que tal palabra esté "corrompida" por los medios televisivos, por la radio, pero en todo caso tal corrupción es parte de nuestro momento histórico y la captación y síntesis, bien entendida, es trabajo de escritor con arraigo, con raíz en la obra que vive y cultiva. Eso de escribir para "fuera" (para España) es cosa del siglo pasado. La Academia de la Lengua Española, cada vez más abierta y receptiva al fenómeno hispano-parlante de los países indoamericanos, ha hecho bien en incorporar cientos de americanismos al diccionario, aunque como toda autoridad, sea lerdada en aceptar la revolución dialectal que se da en nuestras latitudes. En todo caso, la jerarquización idiomática no debe preocuparnos, pues por sobre ella está la acción creadora, imaginativa, del pueblo y sus verdaderos escritores.

---

El mito de Europa es para los románticos, los parnasianos del ajeno y el pistoletazo, cuando no para los trasnochados "modernistas". Un escritor que pretenda, a veces sin lograrlo, una nueva cultura y una nueva literatura tiene que vivir en América Latina. Vivir las tensiones cotidianas, los sobresaltos sociales, la tormenta, la contradicción en que nos hallamos envueltos. ¿Y la tradición? podría preguntarse. Pues si no la tenemos comencemos a crearla, a inventarla, desde el vórtice de la vida presente. Al fin, y al cabo, aquí todo está por hacerse; y copiar, reitero, es una deshonestidad. Es como recrear el museo europeo y contentarnos con que el bisabuelo es Hugo o Verlaine, o mi siniestro antepasado es el señor Rabelais. Si no podemos ser los intérpretes de un lenguaje nuevo, en sincronización efectiva con la masa, pues apaguemos la luz y vayámonos al cine. Formamos parte, querramos o no de un proceso económico y social, y nuestra razón de ser es la de romperlo en su base oligárquica, deshumanizadora. Masferrer señalaba en párrafos anteriores cuál debe ser la posición desmitificadora frente al "sistema del dinero", cuál la denuncia y cuál el compromiso, aunque unos se consideren más de "avanzada" y nosotros nos quedemos con el puño cerrado en defensa de la dignidad humana y la democracia social.

La dicotomía no es tal, ni la diferencia es grande, si la precede un acto de reflexión y de inmediato una participación concreta en la tarea política y cultural de nuestro pueblo. La doble condición de creadores y revolucionarios, con contenidos y formas nuevas y aproximativas a nuestra realidad, y la de hombres que se entregan a las más diversas tareas de modificación del sistema, serán la única posibilidad congruente de justificar nuestro aquí y ahora. Este reto hará que el intelectual se vea envuelto en las más trágicas batallas consigo mismo y con los demás. Tal acto de autenticidad también es indispensable para su obra literaria. En esto quizás, muchos estemos de acuerdo. Y si no es así, discutámoslo responsablemente.